

# EL ESTORNUDO DEL ASNO



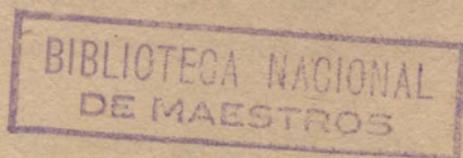
10  
CTVS.

COLECCION "MARUJITA" N°52



El Estornudo

del Año



**PRINTED IN ARGENTINA**

# EL ESTORNUDO DEL ASNO



Gallardo, el asno, levantó la cabeza para mirar al cielo nublado. Hacía ya bastante rato que no brillaba el sol y las nubes eran grandes y negras.

De pronto, Gallardo tuvo ganas de estornudar. Comprendió que iba a dar un estornudo muy fuerte y, por consiguiente, cerró los ojos y abrió la boca.

En efecto, dió un estornudo tremendo. Y, al terminar, abrió los ojos otra vez y pudo notar que soplaba un viento furioso. ¡Dios mío, qué viento! Las nubes cruzaban, disparadas, al cielo, y las hojas secas, caídas de los árboles, hacían un ruido intenso al correr por el suelo.

—¡Caramba!—pensó el asno, asustado y orgulloso.— Esto es obra de mi estornudo. ¡Buen viento se ha levantado por su causa! ¡Quién lo creyera! Voy viendo que soy un asno muy listo.

Ignoraba que el viento no tenía nada que ver con su estornudo, sino que se figuraba que a causa de él pudo originarse el huracán. Estaba, pues, orgullosísimo.

Enderezó las orejas, empezó a menear la cola y, al galope, se dirigió al estanque en el que nadaban los patos.

Tanto agitó las aguas el viento, que aquellos animales se asustaron y se apresuraron a subir a tierra. Gallardo dió un fuerte rebuzno y les habló, diciendo:

—¿No sabéis que hace poco di un estornudo y que originé este viento que os revuelve el agua del estanque?

—¡Cómo!—exclamaron a coro los patos.—Si es así, te creemos un tonto. Dile al viento que no sople más.

Pero Gallardo no les hizo caso. Se dirigió al lugar en que estaban las gallinas, en aquel momento acurrucadas al pie de una mata, a causa del huracán, y, al verlas, dió un rebuzno y exclamó:

—¿No sabéis que acabo de dar un estornudo y que, gracias a eso, sopla el huracán que os levanta las plumas del cuerpo?

—¡Cac-cac-cac!—exclamó la gallina mayor de todas.—Dile al viento que no sople.

Pero Gallardo dió otro rebuzno y se echó a reír. Estaba muy orgulloso de haber levantado el viento con su estornudo.

—No, no pienso hacer eso—contestó.—Me parece que este viento es muy agradable.

—Eres estúpido, Gallardo—exclamó el gallo, mirándolo furioso.—Fíjate en mi cola. Casi no me quedan plumas en ella.

Pero Gallardo levantó al aire sus patas traseras y salió corriendo hacia la pocilga, en donde la señora Marrana y todos sus marranitos estaban acurrucados en un rincón, tratando de protegerse del viento.

—¿No sabéis—les dijo Gallardo, después de rebuz-

nar,—que he dado un estornudo creando este fuerte viento que agita las pajas de vuestra pocilga?

—¡Animal!—contestó la señora Marrana, muy enojada.—Valdría más que le ordenases dejar de soplar. ¡Idiota! A nadie le gusta un viento como éste.

—¡Oh, no pienso hacer eso!—contestó Gallardo.—Es mi viento y me gusta mucho. Además, eso es una prueba de lo muy listo que soy.

Salió al galope y se dirigió hacia los dos caballos pardos que trataban de abrigarse del viento, situándose al pie de un árbol. Sus crines veíanse agitadas por el huracán y los dos pobres animales se estremecían de frío.

—¿No sabéis—les dijo Gallardo, después de rebuznar,—que he dado un fuerte estornudo creando este fuerte viento, que os agita las crines?

—En un día tan fresco como éste, es una estupidez—contestaron los caballos relinchando.—¿A quién le gusta el viento en esta época del año? Hazlo cesar en el acto.

—De ninguna manera—contestó Gallardo riéndose y echando a correr para ir en busca de Zapaquilda, la gata de la granja, que se había ocultado en una mata, muy asustada, por aquel viento tempestuoso.

—¿No sabes?—le dijo Gallardo después de rebuznar—que he dado un fuerte estornudo, creando este fuerte viento que te levanta el pelo?

—Pues mira, no deberías alabarte de eso—le contestó Zapaquilda, muy enojada.—Precisamente estaba yo tomando un poco de leche en la cocina y cuando llegó el viento volcó el plato, de modo que me he quedado



—¡QUÉ TONTERÍA— EXCLAMARON LOS CABALLOS  
RELINCHANDO

sin desayunar. Dile al viento que deje de soplar en el acto.

—De ninguna manera—contestó Gallardo, satisfecho, al ver que le pedían tantas cosas a causa de que él hubiese dado tan fuerte estornudo.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Cuánto me divierte!

El caso fué que el viento sopló durante varias horas, causando infinitas molestias a todo el mundo, de modo que el día pareció muy desagradable a todos.

A la hora de la merienda se reunieron todos los animales que había en el patio de la granja para charlar entre sí.

—El asno Gallardo habrá de hacer cesar este viento—dijo uno de los caballos pardos.

—Le diremos que si no estornuda otra vez, para interrumpir este viento, le daremos muy buenos tirones de la cola—dijo el pato de mayor tamaño.

Como esta proposición fué aceptada por todos los animales, echaron a andar y al encontrar al asno Gallardo, le ordenaron que hiciese cesar el viento.

—El caso es que ignoro cómo se hace—contestó el asno algo asustado.

—Pues bien, ya que tú eres la causa de que esté soplando, tienes la obligación de interrumpirlo—le dijo un gallo.—Te rodearemos ahora, y en cuanto te demos la orden, lanzas otro estornudo a ver qué pasa. ¿Estás dispuesto?

En efecto, todos los animales rodearon al asno y después de contar hasta tres, le dieron la orden de estornudar.

Pero Gallardo no pudo dar un estornudo, porque, según ya se sabe, no es posible hacerlo a voluntad. Cerró



### GALLARDO SALIÓ AL GALOPE

los ojos, abrió la boca y se esforzó de mil maneras, pero no lo consiguió.

—No puedo estornudar—dijo al fin.

Entonces, todos los animales, muy irritados, empezaron a darle tirones de la cola, de modo que Gallardo no tardó en proferir gritos de dolor y de susto.

Mientras tanto, el viento empezó a amainar, hasta que, pocos instantes después, dejó de soplar en absoluto. Nadie, sin embargo, se fijó en ello, de modo que se marcharon dejando al asno solo, en medio del campo.

—Me lo tengo bien merecido por mi orgullo idiota—pensó Gallardo.—Pero, ¡Dios mío!, ya no hay viento! ¿A qué se deberá? Yo no he estornudado. ¿Será, acaso, porque me tiraban de la cola? Valdrá más no darlo a entender a nadie, porque, de lo contrario, quizá cuando volviese a soplar el viento viniesen a tirarme del rabo, para hacerlo cesar.

En efecto, guardó un silencio absoluto acerca de su sospecha, y como nadie, por otra parte, se fijó en ello, en adelante lo dejaron en paz y en cuanto a él mismo no volvió a enorgullecerse de que era capaz de hacer soplar el huracán con un estornudo.

## EL ALMOHADÓN ENCANTADO

Elena y Daniel estaban muy enojados con su aya. Habían construido una hermosa casa de ladrillos de juguete en el suelo del cuarto destinado a sus pasatiempos, y ella les obligó a demolerla antes de salir.

—¿Por qué no la dejamos así mismo hasta nuestro regreso?—preguntó Elena.—Con toda seguridad no impedirá el paso de nadie.

—No es posible dejarla así—contestó el aya.—Al llegar querréis jugar a trenes o con las muñecas, y entonces dejaréis los ladrillos por el suelo, desordenados. Hacedme, pues, el favor de demoler cuanto antes la casita y guardar los ladrillos.

Los niños obedecieron de mala gana y aun perdieron su interés por salir, a pesar de que se trataba de ir al mercado, lugar siempre muy interesante. Y cuando hubieron terminado, el aya se los llevó a la calle.

—Una vez estemos en el mercado, nos escaparemos del aya—murmuró el travieso Daniel al oído de su hermana.—Iremos por la parte posterior del mercado y ella no sabrá dónde estamos.

En efecto, mientras la buena mujer estaba entretenida en comprar mantequilla, los dos niños se escaparon por entre los puestos, yendo a parar a una especie de patio, donde había multitud de objetos inservibles. Siguié-



## ANTE LOS PUESTOS HABÍA UNA GENTE MUY EXTRAÑA

ron a lo largo de un pasaje y de esta manera llegaron a otra plaza, donde también había mercado.

Pero muy extraño, no sólo por sí mismo, sino también por las extrañas personas que había en los puestos. Todos tenían las orejas puntiagudas, los ojos oblicuos, que resplandecían como estrellas, y vestían unos trajes muy raros y de vivos colores. Y en cuanto vieron a los niños, parecieron quedarse en extremo asombrados.

—¡Qué lugar tan raro!—exclamó Elena con los ojos muy abiertos.—¡Y qué gente tan extraordinaria!

—Más parecen duendecillos y genios que personas verdaderas—observó Daniel en voz baja.—¡Y pensar, Elena, que no sospechábamos que al lado del otro hubiese este mercado!

—¿Qué quieren ustedes comprar, señores?—pregun-

tó un hombrecillo de aspecto muy divertido, cuyo gorro tenía dos agujeros para dar paso a sus orejas.

—No... no... no que... queremos... nada—contestó Elena, algo asustada al notar el extraordinario brillo de los ojos de aquel hombre.

—¿Que no quieren nada?—replicó el vendedor.—Entonces, ¿por qué han venido a nuestro mercado? ¿Acaso quieren vender algo?

—No—contestó Daniel,—hemos llegado aquí por equivocación. Nos marcharemos ahora mismo.

Pero el hombrecillo no quiso permitirles que se marcharan, sino que los cogió de las manos y los retuvo.

—Antes de marcharse es preciso que compren algo—les dijo.—Esta es la ley del mercado.

—No me quedan más de dos moneditas de un real—dijo Daniel sacándolas del bolsillo. Y al mirar al puesto inmediato, vió que en él no se vendían nada más que almohadones.

—Compra un almohadón para el sillón de nuestro cuarto—le aconsejó su hermana al oído.—Luego nos marcharemos en seguida, antes de que estos extraños individuos se enojen contra nosotros.

—¿Puedo comprar un almohadón por cincuenta céntimos?—preguntó Daniel acercándose al puesto.

—Sí. Escoja usted el que quiera—le contestó la vendedora, que también tenía las orejas en punta y los ojos verdes como una lechuga.

Daniel se apresuró a tomar un almohadón de color amarillo brillante, con topos rojos, y dejó sobre el puesto las dos moneditas de un real. Luego, en compañía de su hermana, se apresuró a salir cuanto antes de la plaza del mercado.

—Estoy segura de que toda esa gente pertenece al

País de las Hadas—dijo Elena en cuanto se vió en una calle que ya conocía.—¿Te has fijado en que todos tienen las orejas puntiagudas? Te aseguro que llegué a temer que nos impidiesen marcharnos.

—Mira, ahí está el aya comprando todavía mantequilla—observó Daniel.—Veo que no nos ha echado de menos. Vamos a su lado. No le digas una palabra de ese extraño mercado, porque nos dirá que no le contemos tonterías.

Se acercaron corriendo al aya, que se ocupaba en pagar la mantequilla y los huevos que había comprado. Luego tomó a los dos niños de la mano y regresaron a casa. Daniel llevaba el almohadón debajo del brazo.

—¿Lo habéis comprado en el mercado?—preguntó el aya al fijarse en él.—¡Me alegro, porque irá muy bien para el sillón del cuarto de los juguetes!

Una vez en su casa, los dos niños se sentaron, sucesivamente, en el almohadón, para darse cuenta de si advertían alguna diferencia entre él y los corrientes.

—Vamos a expresar un deseo a ver qué pasa—aconsejó Daniel.—Voy a sentarme en él y desearé algo.

En efecto, se sentó en el almohadón, que estaba sobre la silla, y exclamó:

—Quisiera hallarme en el jardín.

¡Ffffft! El almohadón salió por la ventana, en tanto que Daniel se agarraba con fuerza a él. No había la menor duda de que aquel almohadón estaba encantado. Elena apenas podía creer lo que estaba viendo. A su vez bajó al jardín, aunque por la escalera, para ver, en efecto, si estaba allí su hermano, y lo vió sentado todavía en el almohadón y sin atreverse a creer lo que le había sucedido.



## DANIEL SALIÓ POR LA VENTANA, MONTADO EN EL ALMOHADÓN

Los dos hermanos, llenos de extrañeza y pasmo, volvieron a su cuarto de juegos y hallaron al aya que, malhumorada, les preguntó dónde habían estado. Luego les ordenó que se lavaran las manos para ir a comer.

Los niños pusieron de nuevo el almohadón sobre el sillón y tras de lavarse las manos pasaron al comedor. Se sentaron a la mesa, pero era tanta su excitación, que no sentían ningún apetito.

Pero el aya no les hizo caso y les sirvió sus porciones acostumbradas.

—No comprendo lo que os pasa—dijo al fin la buena mujer.—Pero, en fin, como no quiero pasarme aquí la tarde, seguid comiendo y cuando hayáis terminado ya iréis a encontrarme.

El aya se dirigió al cuarto de los juguetes y se sentó en el almohadón mágico.

De pronto, los niños oyeron desde el comedor un fuerte ronquido. La buena mujer se había quedado dormida. Daniel la miró muy enojado.

—¡Ojalá se viese en un islote y en medio del mar!— murmuró el niño al oído de su hermana.

De pronto, los dos profirieron un grito, al ver que el almohadón se levantaba en el aire y con el aya dormida desaparecía por la ventana.

—¡Oh, mira lo que has hecho!—exclamó Elena.—No te has acordado de que estaba encima del almohadón mágico. Y ¿qué hará ahora la pobre mujer en una isla y en medio del mar?

El niño se quedó asustado y trastornado. Aunque estaba molesto con el aya, no por eso tuvo la intención de hacerla desaparecer de aquel modo.

—¿Qué pensará cuando despierte y se encuentre en la isla?—exclamó.—¡Oh, Elena! ¡Pobre aya! ¡Ojalá yo no hubiese manifestado tan estúpido deseo!

—Y ¿qué haremos?—preguntó Elena.—Nadie nos creará si contamos lo sucedido, pero es preciso hacer algo.

—Vamos al mercado donde compramos este almohadón—aconsejó Daniel.—Quizá su vendedora nos dirá lo que podemos hacer.

Se pusieron los sombreros y echaron a correr, en dirección a la plaza del mercado. Hallaron el pasaje que llevaba al otro mercado de la gente del País de las Hadas y por fin llegaron a él. Y los vendedores de puntiagudas orejas miraron a los niños, en extremo sorprendidos.

—¿Para qué habéis venido?—preguntó un hombrecito vestido de amarillo y que calzaba unos zapatos muy puntiagudos.

—¡Oh!—exclamó Elena con lágrimas en los ojos.—



TODA LA GENTECILLA RODEÓ A LOS NIÑOS  
Y EMPEZARON A HABLAR A GRITO PELADO

Resulta que compramos aquí un almohadón mágico y hoy se ha sentado nuestra aya en él. Entonces mi hermano deseó que se hallase en una isla y en plena mar y la pobre desapareció. Quisiéramos saber cómo lograríamos hacerla regresar.

Aquella gentecilla hizo un corro en torno de los niños y empezó a hablar a grito pelado, aunque los dos niños no podían comprender una sola palabra, pues hablaban el lenguaje de los duendecillos. Pero, de pronto, el duendecillo vestido de color amarillo impuso silencio a los demás y volviéndose a los niños les dijo:

—Iré a buscar a vuestra aya, utilizando el asno volador. ¿Queréis acompañarme?

—¡Oh, sí!—exclamaron los dos a la vez.—Es usted muy bondadoso. Pero ¿dónde está el asno?

Aquel individuo los llevó al extremo de la plaza y allí, atado a un poste, vieron un asno pequeño, pero de aspecto muy raro, porque era amarillo y con la cola y las orejas azules. Poseía unas alas enormes, también de color azul, y, en sus patas, las herraduras eran también del mismo color. Los niños no podían creer que estuviese vivo, pero no les fué posible dudarlo, porque el animal dió un sonoro rebuzno.

—Éste es el asno volador—dijo el individuo vestido de amarillo.—Y vale más que los dos montéis delante de mí.

Montaron los tres y aquel extraño individuo lo hizo el último. De pronto dió un grito dirigido al asno y éste empezó a agitar las alas y emprendió el vuelo.

Aquello era fascinador. Los dos hermanos se agarraban con toda la fuerza y proferían exclamaciones de entusiasmo. Creyeron admirable verse en el aire y contemplar la tierra y las casas, que les parecían ser muy pequeños. El asno volaba con una rapidez extraordina-



### EL ASNO VOLADOR SE ELEVÓ BATIENDO SUS AZULES ALAS

ria, de tal manera que los niños acabaron por cerrar los ojos y contener el aliento. Y no pudieron ver nada por debajo de ellos, porque, a la sazón, volaban sobre el mar.

—Tal vez llegaremos pronto a una isla—gritó Daniel a su hermana.

—Precisamente hay una debajo de nosotros—dijo su compañero de vuelo.

El asno amarillo empezó a descender y, al fin, aterrizó en un islote cubierto de verde.

—Quedaos aquí—dijo el hombre del traje amarillo, apeándose.—Pronto veré si está vuestra aya.

Volvió a los pocos momentos, meneando la cabeza, de modo que reanudaron el vuelo para descender en otra isla.



EL AYA ESTABA SENTADA EN EL ALMOHADÓN ENCANTADO Y CONTINUABA DORMIDA Y RONCANDO

De esta manera recorrieron varias y los niños empezaban ya a perder la esperanza.

—No os apuréis—les dijo el duendecillo.—Estoy seguro de que la encontraremos muy pronto. La próxima isla tiene cierta atracción especial para las almohadas, las alfombras y las esteras, y es posible que esté allí.

El asno descendió sobre otro islote y el hombrecillo se

apeó otra vez para ir en busca del aya. Mientras tanto, los niños se quedaron contemplando los árboles y las brillantes flores. De pronto oyeron un ruido muy curioso. Miraron en todas direcciones, mas no pudieron descubrir la causa.

—¿Qué será eso?—dijo Daniel muy asombrado.—Parece que alguien roncara por las cercanías. ¿No será el aya?

Los dos niños se apearon a su vez y fueron a ver si descubrían la causa de aquel ruido.

Ya habréis supuesto que era el aya. Estaba sentada sobre el almohadón mágico y roncaba con toda su fuerza. A su alrededor, los niños pudieron ver numerosas flores y en un árbol inmediato cuatro ardillas de brillantes colores que la contemplaban muy asombradas.

—¡Mira, ahí está el aya!—exclamó Daniel.—¡Qué contento estoy!

—Pues aun está dormida, de modo que si la devolvemos a casa sin despertarla, no llegará a enterarse de que ha estado aquí—exclamó la niña.

En aquel momento se acercó el hombre del traje amarillo y miró muy asombrado a la dormida aya.

—No la despierte—murmuró Daniel.—Vamos a devolverla a casa sin que se entere de nada.

El hombrecillo hizo una señal de afirmación y se apoyó en un árbol a fin de esperar.

—Deseo que el aya se vea de nuevo en casa sin despertarse—dijo Daniel.

En el acto se levantó el almohadón encantado llevándose al aya, y emprendió el vuelo hacia el Oeste, con una rapidez extraordinaria, de modo que, en breve, el aya no fué más que un puntito en el cielo.

—Espero que no se caerá—exclamó Elena muy asombrada.

—¡Oh, no!—contestó el hombrecillo.—Ahora montemos de nuevo en el asno volador, porque, de lo contrario, llegaremos muy tarde a casa.

En el acto subieron los tres al asno y poco rato después viéronse de nuevo en la plaza del mercado. Se apearon, hicieron unas caricias al asno, dieron las gracias a su dueño y se alejaron.

Emprendieron el regreso a la carrera y, al llegar al cuarto destinado a sus juegos, vieron que el aya seguía dormida en el almohadón. Elena consultó el reloj y luego exclamó:

—Sólo han pasado diez minutos.

—Eso obedece a que el tiempo en el País de las Hadas es muy distinto del nuestro. Mira, vamos a comer—dijo el niño,—porque tengo apetito.

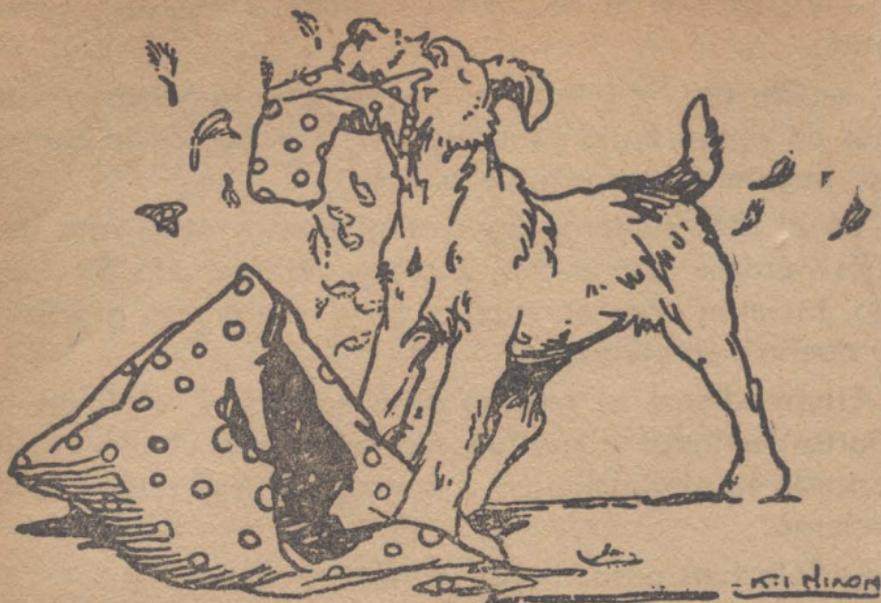
En efecto, volvieron al comedor y se comieron todo lo que aun estaba en el plato. El aya abrió los ojos, los miró y se dió por satisfecha al ver que habían terminado su comida.

—Tengo mucho sueño—acabó diciendo la buena mujer.

—Ha estado usted durmiendo y roncando, aya—le dijo Elena.

—No. Estoy segura de que no me he dormido. No hice más que cerrar los ojos un momento.

Los niños quisieron explicarle lo sucedido, pero, como es natural, ella no creyó una sola palabra y pensó que trataban de burlarse de ella. En vista de su incredulidad, los dos hermanos le ofrecieron llevarla al mercado que habían visitado ya en varias ocasiones, y aunque el aya, naturalmente, no creía cosa alguna, se dejó llevar.



### EL PERRITO DESTROZÓ EL ALMOHADÓN

Una vez llegados al mercado normal y corriente, buscaron el pasaje que conducía al otro, mas no pudieron hallar aquel paso.

—¡Qué lástima!—exclamó Daniel, disgustado.—Pero no importa, volveremos a casa y ya verá usted las cosas de que es capaz ese almohadón mágico.

En efecto, volvieron a casa; pero al entrar en el cuarto de juegos vieron que Leal, el perrito, había destrozado el almohadón con los dientes y el suelo estaba lleno de plumas de un aspecto rarísimo.

—Ya veis cómo no hay una palabra de verdad en todo lo que me habéis contado—dijo el aya, muy satisfecha.—Supongo que ahora os daréis cuenta de que no se me engaña con tanta facilidad.

## LOS JUGUETES DE LUISITA

Luisita jugaba en el jardín con su osito, cuando la llamó su institutriz para ordenarle que acudiese inmediatamente. La niña entró en la casa, olvidándose al osito, que quedó sobre la hierba, a pesar de que eso no le gustaba.

Aquella tarde cayó un diluvio, de modo que el pobre osito se quedó calado. Empezó a estornudar y dos gnomos que andaban por allí cerca, lo oyeron.

—¡Pobrecillo! —exclamaron. — Vas a coger un resfriado, con un tiempo tan húmedo. Ven con nosotros al interior de nuestro árbol y te calentarás.

Llevaronlo a su cálida vivienda, situada en el interior de un roble, y lo pusieron delante de la pequeña estufa de petróleo que allí había, de modo que el osito cesó de estornudar y empezó a secarse. Mientras tanto, Luisita se había acostado ya y, de pronto, se despertó recordando a su osito.

—Lo he dejado en el jardín—pensó.—¡Pobrecito! Ha llovido mucho, de modo que sin duda está mojado y tiene frío. Voy a buscarlo.

Era una niña muy buena y aunque le constaba que, a su vez, podría resfriarse al salir al aire libre, aquella noche tan húmeda, no vaciló un instante. Sin embargo, se puso sus chanclos de goma y un abrigo de lana y entonces salió.



—¡POBRECILLO! — EXCLAMARON. — VAS A COGER UN RESFRIADO CON UN TIEMPO TAN HÚMEDO

Ya sabemos que el osito no estaba allí. La pobre niña lo buscó en todas direcciones, pero no pudo encontrarlo. Los dos gnomos oyeron que alguien pasaba por delante de su puerta y en el acto acudieron para ver quién era.

—Es la niña que dejó abandonado al osito—se dijeron en voz baja.—Vamos a apoderarnos de ella y la llevaremos ante nuestro Rey, que la castigará por haber tratado mal a sus juguetes.

Así, antes de que Luisita se diera cuenta de lo que sucedía, sintió que alguien le sujetaba los brazos a la espalda y de pronto se vió obligada a seguir una dirección determinada, porque la empujaban los dos gnomos.

—¡Soltadme!—exclamó ella.—No tenéis ningún derecho a obligarme a que os acompañe.



—SOY MUY BUENA PARA MIS JUGUETES—DIJO  
LUISITA, INDIGNADA

—Te llevamos a presencia del Rey de los Gnomos, para decirle que has maltratado a tus juguetes—contestó severamente uno de aquellos hombrecillos.

—¡No es verdad!—gritó Luisita.

—Sí. Es cierto—contestaron ellos, mientras la obligaban a atravesar una puertecilla alumbrada por una luz amarilla. Llamaron siete veces antes de que se abriese y luego otro gnomo los condujo a una sala en donde estaba el Rey de los gnomos, sentado en un trono de oro y plata.

—Os hemos traído, Majestad, a una niña que no se muestra bondadosa con sus juguetes—dijeron los dos gnomos.

—¡Caramba! Ya empiezo a estar cansado de esos ni-

ños tan malos—contestó el Rey, impaciente.—¡Cuántos son los niños y niñas que no saben tratar a sus juguetes!

—Yo soy muy bondadosa para con ellos—dijo Luisita, indignada.—Es muy injusto que digáis esas cosas de mí.

—Pero esos gnomos no te habrían traído de no estar convencidos de que tienen razón—contestó el Rey.—¿Por qué causa la habéis traído?—preguntó a los dos que aun sujetaban a la niña.

—Con permiso de Vuestra Majestad: esta niña dejó a su osito en la hierba y esta tarde ha llovido mucho. El pobre se puso hecho una lástima y ahora tiene un resfriado muy fuerte—dijo uno de los gnomos, en tanto que el Rey fruncía el ceño.

—Ya sé que, en efecto, me olvidé de llevarme el osito—contestó Luisita.—Pero eso es la primera vez que me ocurre y no lo hice con intención. Al despertarme, en plena noche, me acordé del pobrecillo y salí de la cama para ver si lo encontraba. Esto demuestra que tengo cariño a mi osito, ¿verdad?

—Por lo menos, parece que no eres muy mala—observó el Rey.—¿Puedes presentar testigos que hablen en tu favor?

—Solamente mis juguetes—contestó la niña.—Si ellos pudiesen hablar, os dirían que soy con ellos tan buena como es posible.

—Inmediatamente, id en busca de los juguetes de esta niña—ordenó el Rey.

Con gran sorpresa de Luisita, un gnomo se alejó corriendo y cosa de diez minutos más tarde regresó llevando consigo todos sus juguetes. ¡Qué asombrada se quedó Luisita al ver cómo andaban sus muñecos, su fantoche

y su conejito, eso sin contar con que el elefante se adelantó también, llevando solemnemente en su lomo a unos soldaditos de plomo!

Todos ellos se quedaron mirando al Rey y luego vieron a Luisita. Profiriendo grandes gritos de alegría, se acercaron a ella, corriendo y charlando; pero los gnomos los hicieron retroceder, obligándoles a alinearse a lo largo de la pared.

—Juguetes—dijo el Rey.—Esta niña, que es vuestra amita, ha sido traída a mi presencia, porque, según dicen estos dos gnomos, os trata mal. ¿Qué tenéis que decir a eso?

—Majestad—exclamó la mayor de las muñecas, dando uno o dos pasos hacia el trono.—Luisita es una niña muy buena. Cuando me rompí el brazo me llevó al hospital de las muñecas y ordenó que me pusieran uno nuevo.

—Majestad—dijo entonces el **baby**.—Yo quiero mucho a Luisita. Todas las noches me acuesta en mi cama y me rodea de toda suerte de cuidados.

—Majestad—dijo, a su vez, el muñeco vestido de marinero.—Luisita es una buena niña. Yo soy un muñeco marinero, pero como no tenía ninguna embarcación, ella se gastó un día todo su dinero para comprarme un bote. Creo que eso demuestra su bondad.

Al oír estas palabras aplaudieron todos y el muñeco marinero se sonrojó. Entonces avanzó el fantoche sonriendo.

—Majestad. Es una tontería eso de creer que Luisita no nos trata bien. Fijaos en mi cabello negro. En cuanto empezó a clarear, Luisita me lo hizo poner nuevo. ¿Acaso esto no es un acto de bondad?

—Pues yo, Majestad—dijo a su vez el conejito,—

también quiero declarar en favor de Luisita. Un día me agujereé mi piel azul y empezó a salir por allí el aserrín que tengo en el cuerpo. Pues esa niña me volvió a coser con el mayor cuidado. ¡Oh, es muy buena!

Hubo otro aplauso general y, entonces, el elefante avanzó diciendo:

—Luisita me monta a veces, pero nunca permite que monten dos personas al mismo tiempo. Y ya sabéis bien que la mayor parte de los niños montan en sus juguetes hasta destrozarlos. Por lo tanto, Luisita es una buena niña.

Los soldados de plomo dieron su conformidad, poniendo de manifiesto que entre todos no había ninguno que tuviese una pierna o un brazo rotos.

—Bueno, bueno—dijo, al fin, el Rey de los gnomos, muy sorprendido.—Resulta que esta Luisita es una niña excepcionalmente bondadosa. ¿Dónde está el osito que fué abandonado a la intemperie?

El osito entró en aquel instante, pues se había enterado de lo que ocurría.

—Oidme, Majestad—dijo al entrar.—Fué una casualidad que Luisita me olvidase en el jardín, y me dejara expuesto a la lluvia. Cuando se acordó, a pesar de que era de noche, salió a recogerme. Por lo tanto, aseguro, a mi vez, que es una niña muy buena y yo la quiero mucho.

Echó a correr hacia la niña y le abrazó una pierna, porque no podía alcanzar su cuerpo. Los demás juguetes la rodearon también y Luisita se alegró tanto, que estuvo a punto de llorar.

—Esta niña puede volverse a su casa—dijo el Rey.—No había ningún motivo para traerla aquí. Vosotros, gnomos, presentadle vuestras excusas.

Así lo hicieron los gnomos, muy avergonzados, y al



—ES MUY AGRADABLE VER CUANTO ME QUIEREN MIS JUGUETES—DIJO LUISITA.

fin, la niña los tranquilizó, asegurándoles que la cosa no tenía importancia.

—Por otra parte—añadió—me ha gustado mucho poder convencerme de lo que me quieren mis juguetes. Ahora, amigos míos, vámonos a casa a acostarnos, porque, si no, mañana tendremos mucho sueño.

Así lo hicieron y fueron muy felices.

## LA ARAÑA DE ISABELITA

Una noche, cuando Isabelita se disponía a acostarse, vió en el techo una araña enorme.

—¡Oh, mamá, ven en seguida!—dijo asustada.—Mata esta araña. Es muy grande.

Mamá salió del cuarto de baño y contempló la araña.

—¿Por qué quieres que la mate?—preguntó.—No te ha causado ningún daño. Por el contrario, es un animal útil, puesto que tiende sus telarañas y caza las moscas que nos ensucian la comida y zumban ante nosotros de un modo tan desagradable. Ese animal es un amigo nuestro y no un enemigo.

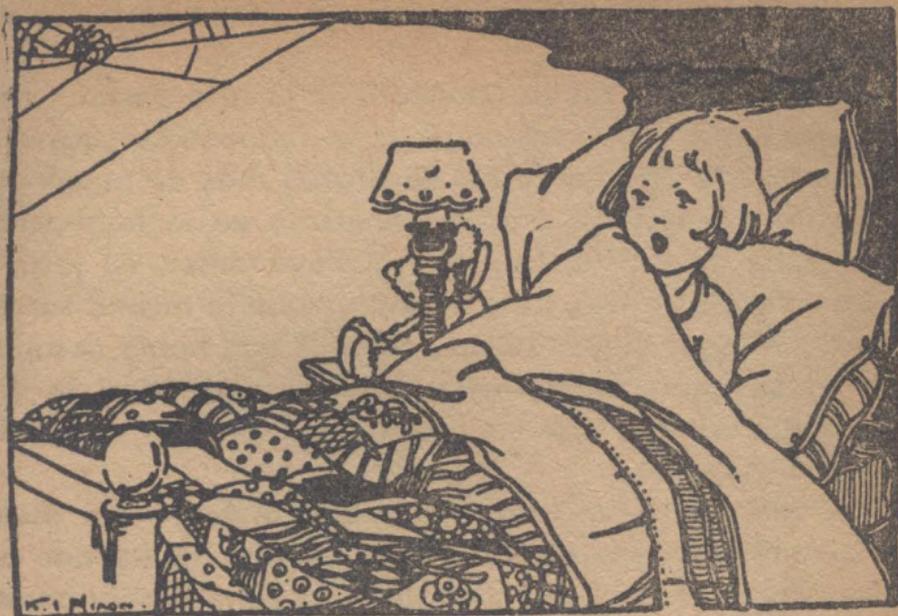
—Pero es muy feo—dijo la niña.—No me gusta.

—Tú también eres muy fea cuando te portas mal—le dijo la mamá riéndose.—Y, sin embargo, yo no te pego con un fajo de papeles de periódico. Vamos a ver, Isabelita, no seas cruel con un pobre animal que no quiere asustarte ni perjudicarte en lo más mínimo. Si quieres, me la llevaré al jardín y así no tendrás nada que temer.

—La llevaré yo—dijo Isabelita, ya avergonzada de sí misma.—No he querido ser mala. Únicamente no me había dado cuenta.

Tomó una caja vacía, se subió de pie en la cama y cogió a la araña dentro de la caja. Se apresuró a hacer caer la tapa y luego, llevándola a la ventana, la dejó caer entre las matas que había al pie.

—Ya está—dijo.—Eso te demostrará que no soy cruel. No quiero hacerte ningún daño, araña.



ISABELITA VIÓ EN EL TECHO UNA ARAÑA ENORME

A la mañana siguiente, Isabelita se había olvidado ya de la araña. Y le ocurrió algo tan extraordinario, que no pudo pensar en nada más. Llegó para ella una carta de la tía Rosita y en ella venía un giro postal de cinco pesetas. Cinco pesetas enteritas para Isabel. ¡Cuán rica se creía!

“Me olvidé de hacerte un regalo el día de tu santo” —le escribía su tía,— “de modo que ahí tienes ese dinero para que te lo gastes como quieras”.

—Esta misma tarde saldré a comprar una cuna para la muñeca—dijo Isabelita.—Me hace mucha falta y en la tienda de juguetes he visto una marcada en cinco pesetas. ¡Qué suerte!

—Guárdate el dinero en el bolso—le dijo su mamá.—Los billetes y los giros postales son arrastrados fácilmente por el viento.

—Bueno—dijo la niña echando a correr en busca de su bolso.

Pero, al entrar en su cuarto, dejó el giro postal sobre la mesa, para ir a comunicar a su muñeca su proyecto de comprarle una cuna. No se acordó más de aquel documento y como, de pronto, penetrase en la habitación una racha de viento, lo arrastró, llevándoselo al jardín.

La niña no se fijó, pero cuando, aquella misma tarde, subió a recoger el giro postal, observó que había desaparecido; se quedó muy trastornada y, sobre todo, le dió mucha pena tener que confesar a su mamá el olvido de que era culpable.

—Bueno, eres una tonta—le dijo mamá.—Sin duda se lo habrá llevado el viento, porque hoy ha soplado de firme. Ponte el sombrero y el abrigo, y sal a buscar por el jardín.

Así lo hizo la niña, pero, por más que registró el jardín, no pudo encontrar el giro en ninguna parte. Llenáronse de lágrimas sus ojos, porque le resultaba espantoso perder cinco pesetas de aquella manera, y mucho más al reconocer que era por su culpa, puesto que no había obedecido a su mamá cuando ella le recomendó que se lo guardase en el bolso.

No le quedaba por registrar más que la cerca del jardín. Empezó a pasear por el pie de ésta y, de pronto, creyó ver, a cierta altura, algo parecido a un papel, de forma rectangular. Tomó entonces una caja vieja, la acercó al pie de la pared y, en efecto, no tardó en descubrir el giro postal, pero cogido en una telaraña.

Esta era enorme. Extendíase desde la parte superior de la cerca hasta la rama de un peral. Habían caído ya muchas moscas en ella, y además el giro postal de Isabelita, por valor de cinco pesetas.

—¡Qué cosa tan rara!—exclamó la niña, muy satis-



¡QUÉ TELARAÑA TAN GRANDE! IBA DESDE LA CIMA DE LA PARED HASTA UNA RAMA DEL PERAL

fecha.—Pero ¿cómo sacaré el giro sin estropear la red?

Volvió corriendo a la casa y llamó a su mamá. Ambas salieron de nuevo al jardín y mamá se extrañó muchísimo al ver cómo el giro estaba cogido por la telaraña.

—Soplaré suavemente la telaraña—dijo. —Y quizá acudirá la araña para ver si ha caído algo. A veces las

arañas cortan de su tela todo lo que no necesitan y luego arreglan el corte.

Mamá sopló suavemente y el giro hizo estremecer la telaraña. Casi en el centro de ella y por debajo de una hoja, salió una enorme araña y la niña profirió un grito de sorpresa.

—¡Mamá! Estoy segura de que es la misma araña que anoche saqué de mi cuarto. Es de igual tamaño y también tiene una marca idéntica en la espalda.

—En efecto, lo parece—contestó mamá.—Mira, ahora está empezando a cortar la red en torno del documento. Eso es notable.

Poco a poco, la araña rompía los hilos que sujetaban el giro postal a su telaraña. Y cuando hubo terminado de cortar el último, mamá extendió la mano y, con el mayor cuidado, retiró el documento. La araña se asustó y emprendió la fuga, pero poco después volvió a salir, con gran contento de Isabelita, reanudó los hilos rotos e hizo un buen remiendo en la red. Luego se ocultó nuevamente al amparo de la hoja y esperó a que una mosca tonta fuese a caer en su telaraña.

—Mamá—dijo Isabelita cuando volvía a casa con su madre y en posesión del giro.—Si anoche no hubiese puesto en el jardín a esa araña, ella no habría podido tejer la red que hay sobre la cerca y mi giro postal se habría perdido para siempre.

—Ya te he dicho muchas veces—contestó su mamá—que la bondad siempre obtiene su recompensa. Tú fuiste buena con la araña y ella te ha salvado tus cinco pesetas.

—¡Vamos a comprar la cuna!—gritó Isabelita.—¡Qué bien!



# AVENTURAS DE GUILLERMO



RICHMAL CROMPTON, el autor de estas amenas narraciones, ha visto coronado su ingenio por el éxito más rotundo. Veintidós ediciones lleva publicadas de algunos de sus célebres libros de GUILLERMO, el más travieso, perspicaz y malicioso chiquillo de nuestros tiempos. Sus disparatadas y graciosísimas aventuras entusiasman a los pequeños, llenan de dulces añoranzas a los mayores y divierten mucho a todos los que las leen.

**¡ACABA DE APARECER!**

## GUILLERMO, EL PROSCRITO

**EN PREPARACION**

GUILLERMO, EL INCOMPRENDIDO

GUILLERMO, EL GENIAL

Precio de cada volumen, en cartonné \$ 1.50

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES